

UN DOCUMENTO SENSACIONAL

ESTA tragedia de nuestro tiempo apareció el 18 de noviembre de 1963 como un acontecimiento insólito. El asesinato del Presidente Kennedy en la ciudad de Dallas resultaba un suceso increíble. Analizándolo a una cierta luz, y ya con alguna perspectiva, sus perfiles son mucho más claros. Probablemente, la conciencia mundial lo consideraba increíble porque era la única forma que tenía de rechazarlo: no comprender es, muchas veces, desear que algo no haya sucedido. La aplicación de una cierta fórmula del realismo literario, que requiere «personajes típicos en situaciones típicas», esclarecería

mucho la comprensión del suceso. El asesinato de un Jefe de Estado es una constante histórica. Se produce cuando un sector minoritario de una sociedad se encuentra en un estado de crispación que no puede descargar por las vías normales. Se produce cuando hay un tiempo de violencia. Se produce cuando el grupo en crispación cree que ya no puede esperar un instante más. Probablemente todas estas condiciones objetivas se daban en los Estados Unidos el día 18 de noviembre de 1963. Sobre estos simples enunciados sociológicos hay, además, un revestimiento de personajes típicos, de ambientes típicos: la ciudad a la que la épica de nuestro tiempo —el cine—

ha considerado como «la ciudad sin ley», un maníaco político inestable, con una biografía como inventada, llamado Oswald, un «gangster» de Chicago dedicado más o menos a la trata de blancas, unos policías con sombrero «Stetson» y «Colts» del 45... Las colecciones más baratas de novelas, los «comics», el cine, la televisión nos tienen tan acostumbrados a estos personajes que sólo una profunda voluntad de no admitir lo que no queremos admitir nos puede llevar a la aberración de no haberlo creído posible.

Y, sin embargo, esta negativa de la sociedad —sociedad a escala mundial— ha llegado por sí misma a una conclusión **SIGUE**



LOS ASESINOS DE KENNEDY

EXCLUSIVA

Por THOMAS BUCHANAN



Thomas Buchanan, hombre de ciencia, matemático y, a la vez, destacado novelista, ha trabajado sobre el «caso de Dallas», como si él mismo fuese un cerebro electrónico. Sobre sus muchos conocimientos y cualidades ha sumado un considerable valor personal.

LOS ASESINOS DE KENNEDY

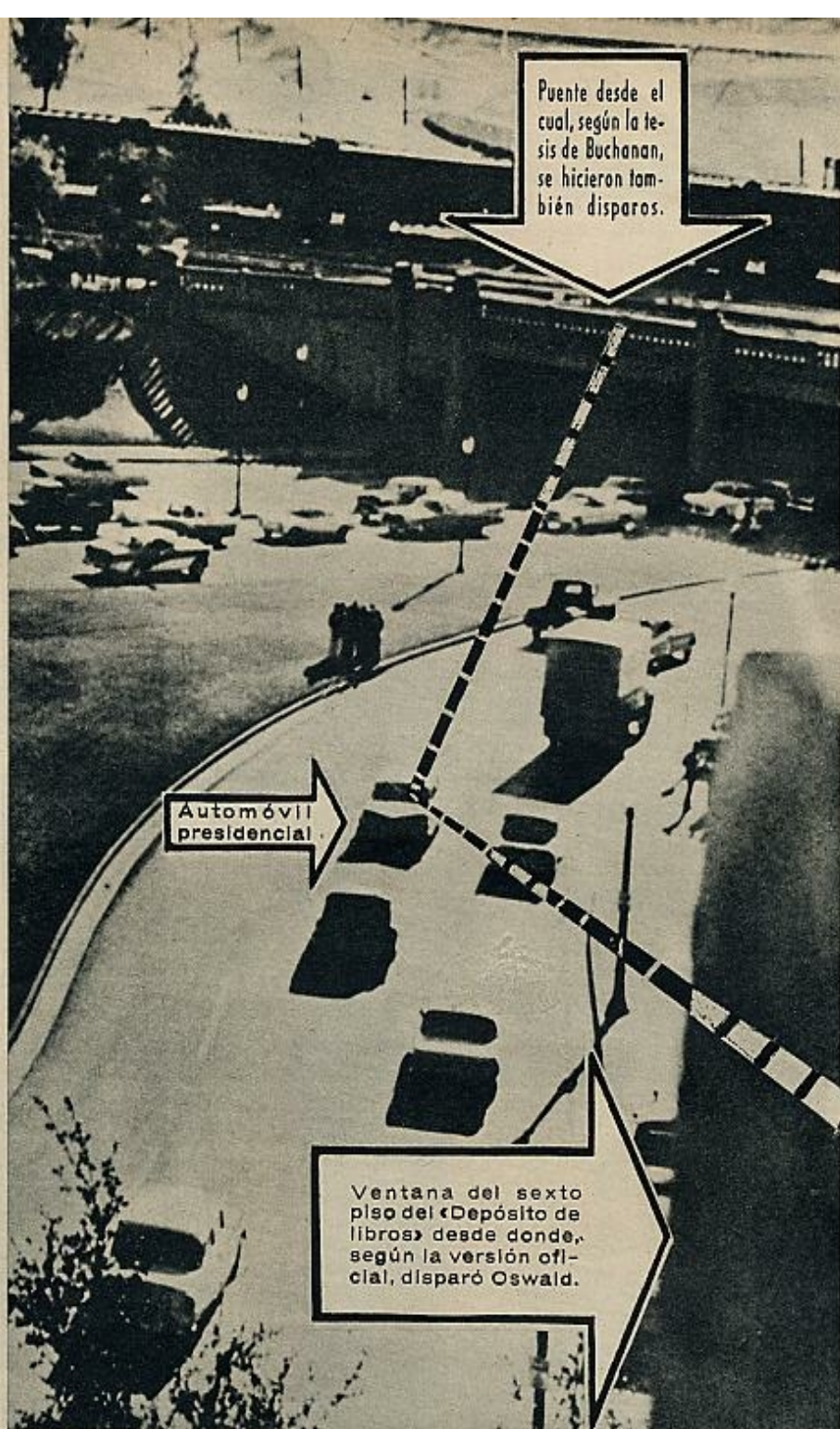
de una gran sutileza y perfectamente positiva: a separar el realismo profundo de la situación sociológica que ha llevado al magnicidio, del realismo aparente, del realismo cinematográfico de la ciudad sin ley. Todos los impresionantes esfuerzos de un poderoso mecanismo de adecuación mental de las masas han fracasado. Toda la creación de ambiente de la «ciudad sin ley», todos los informes oficiales, todo el carnaval del juicio de Ruby, han dejado insensible a una opinión pública a la que siempre se ha supuesto especialmente receptiva para esta clase de espectáculos. Este admirable fenómeno de la intercomunicación espontánea, del análisis intuitivo por la sociedad de un hecho que le afecta por entero, debía ser una lección para los especialistas de la «guerra psicológica», del acondicionamiento de las masas, del lavado de cerebros o simplemente de lo que los franceses llaman «bourrage de crânes». La lección es que la información ya no se controla. Quizá ésta sea la primera gran demostración a escala mundial; quizá en pequeños ámbitos se pueda aún mantener esta ilusión. Puede ser verdad el viejo aforismo policiaco de que no hay crimen perfecto; ya empieza a ser verdad que no hay crimen, que no hay error político que se pueda ocultar.

• • •

Thomas Buchanan no es un intuitivo. Sus análisis y sus conclusiones no pueden considerarse como incluidas en esta conciencia colectiva que nos ha llevado a todos a no admitir la simpleza aparente del crimen de Dallas. Es un hombre de ciencia, un matemático que ha dirigido un equipo de ordenadores electrónicos. Durante la guerra ha sido capitán de artillería en el Ejército de los Estados Unidos. Es también novelista, y uno de sus libros, «El unicornio», publicado en 1960, fue considerado por el «New York Times» como una de las mejores novelas de aquel año. Buchanan ha trabajado sobre el «caso de Dallas», como si él mismo fuese un cerebro electrónico, como si se alimentase con las fichas perforadas de todos los datos recogidos y pudiera señalar instantáneamente cada contradicción, cada error, cada imposibilidad. Sus conocimientos de balística y de armas de fuego, su mentalidad matemática, han servido de contrapeso dialéctico a su imaginación de novelista y a su apasionamiento por algo que afectaba directamente a su país y a la sociedad entera. Sobre estas virtudes, Buchanan ha sumado un considerable valor personal, el valor que se necesita siempre para hacer profesión de fe, de lucidez y claridad cuando los grandes intereses presionan para oscurecer un hecho. François Giroud, su prologuista en Francia, relata la respuesta del primer editor norteamericano, a quien Buchanan propuso la publicación de su informe. «Su demostración —le dijo— es brillante. Creo que nadie la podrá contradecir. Sin embargo, durante mi última entrevista con mi vicepresidente hemos decidido no publicarla. Estoy seguro de que algún otro correrá el riesgo. En resumen, supongo que nosotros somos cobardes... Perdónenos.»

Buchanan ha encontrado, en efecto, otros editores que no eran cobardes.

Su informe es algo más que una pieza maestra de análisis periodístico de un acontecimiento histórico: es la confirmación científica, objetiva y fría —a veces la misma exactitud de los hechos que presente le lleva al sarcasmo o a la crueldad para quienes han querido enmascararlos— de lo que intuitiva o intuitivamente había ya percibido la conciencia social del mundo. El lector de las líneas de Thomas Buchanan encuentra frecuentemente materializados en ellas, de forma incontroverti-



DOS HOMBRES DISPARARON SOBRE EL PRESIDENTE

¿Dispararon también desde el puente? Varias personas han declarado que el primer disparo parecía proceder de allí. Los motoristas de la comitiva así lo creyeron en los primeros momentos. Otros testigos afirman que había un agujero de bala en el parabrisas del coche presidencial cuando llegó al hospital.

ble, datos que ya había sospechado, ideas que había sentido sin saber cómo formularlas.

• • •

TRIUNFO, que ha seguido con la máxima atención el desarrollo de las diversas investigaciones que se han llevado a cabo en Dallas, y que anteriormente ofreció a sus lectores la versión periodística de mayor objetividad —la del reportero francés Ayache—, ha querido, a la altura en que se encuentran actualmente los acontecimientos nacidos de la tragedia de noviembre, recoger del complejo maremágnum de encuestas —no siempre im-

parciales—, análisis, estudios e interpretaciones a que ha sido sometido el magnicidio, la visión más solvente, ponderada y seria, sobre unos hechos confusos y quizá deliberadamente oscurecidos. De ahí que haya escogido, después de una meditada elección, el informe Buchanan, considerando su carácter de investigación rigurosa y científica, limpia de excesos imaginativos, a la vez que valiente, sincera y exenta de prejuicios. Un cierto número de fantasmas se desvanecen con sus demostraciones. Y creemos que la misión de desvanecer fantasmas es la más noble que pueda tener un escritor de nuestro tiempo.

H. T.

1 SOBRA UNA BALA

UN loco ha asesinado al Presidente Kennedy. Otro loco ha matado al asesino del Presidente. Tal es, crudamente resumida, la tesis actual de las autoridades policíacas americanas. No se ha podido mantener largo tiempo, en efecto, que Lee Harvey Oswald era un marxista cubano, formado y teledirigido por la URSS; porque cualquiera que conservara mínimamente la capacidad de razonar se ha visto obligado a sacar la conclusión —lo mismo que el «Baltimore New Post» del 23 de noviembre pasado— de que, con su acto, «Oswald ha infringido al movimiento comunista su peor revés en cuarenta y seis años». Se decidió, pues, que este marxista estaba loco.

Los móviles patrióticos de su asesino, Jack Ruby, han encontrado todavía menos crédito que la conspiración comunista cuyo brazo sería Oswald. Era preciso, pues, que Ruby hubiera actuado también en un momento de locura. Según la tesis oficial, nos encontramos ante dos crímenes sin móvil lógico. Ahora bien, cuando los investigadores declaran no ser capaces de hallar otro móvil que la locura de los asesinos, no es que haya que sacar la conclusión de que este móvil no existe. La conclusión es que la encuesta no ha llegado hasta el final. En un asunto de tal gravedad hubiera sido lógico que los investigadores comenzaran por emitir un gran número de hipótesis, siempre sujetos a eliminar las que no concordasen con los indicios recogidos en el curso de la investigación.

Lo que caracteriza en todos sus aspectos la encuesta sobre el asesinato de Kennedy es que, desde el principio, sólo se ha admitido una hipótesis, y que las pruebas y las piezas de convicción que no concuerdan con ella han sido eliminadas o modificadas constantemente.

Dos asesinos

La hipótesis de partida, que no ha sido nunca desmontada, es que Oswald ha actuado solo. En cambio, la identificación del arma del crimen por el juez de instrucción, el informe de los cirujanos sobre el número y el emplazamiento de las heridas del Presidente y muchos otros elementos de prueba —fundados, sin embargo, sobre constataciones materiales— no han dejado de cambiar de día en día.

Es la tesis oficial, sobre la cual se han puesto finalmente de acuerdo la policía de Dallas y el FBI, la que vamos a someter a análisis. Este análisis versará, en primer lugar, sobre las sucesivas declaraciones emitidas de fuente oficial. Discutiremos igualmente ciertas hipótesis avanzadas por investigadores de la prensa; pero subrayando su carácter especulativo y precisando bien la fuente de que provienen. El lector será así libre de juzgar por sí mismo sobre el crédito que conviene conceder a los diversos testimonios.

Según la tesis oficial, las balas disparadas sobre el coche presidencial procedían todas de la misma dirección. Un solo hombre las ha disparado. Estaba de pie ante la ventana de la esquina, en el sexto piso del Depósito de Libros Escolares de Tejas.

¿Qué dicen los testimonios directos recogidos al respecto?

La ruta seguida por el cortejo presi- **SIGUE**



OSWALD FUE UNO DE LOS PEORES TIRADORES QUE HAN TENIDO LOS "MARINES"

Sólo un tirador entre mil hubiera podido situar en el blanco móvil tres disparos en un tiempo tan corto. Y Oswald fue uno de los peores tiradores de los «marines» e, incluso, de todo el Ejército. Queda excluido que hubiera podido mejorar su forma después de cuatro años de vida civil. Aún más que cualquier otro deporte, el tiro exige entrenamiento. Se dijo al principio que Oswald había ido varias veces, en un coche, a practicar en un campo cercano. Pero Lee no sabía conducir; acababa de tomar las primeras lecciones.



oiga gusta eso
VETERANO
tiene eso

VETERANO es de **OSBORNE**

dencial tuerce a la izquierda en la esquina del Depósito. Un poco más lejos vuelve a la derecha y pasa bajo un puente de ferrocarril. Varias personas que se encontraban a medio camino entre este puente y el coche de Kennedy han declarado que el primer disparo parecía venir del puente. Fotografías tomadas instantes después de la detonación muestran que los motoristas de la comitiva oficial también lo habían creído así. No se volvieron atrás, en dirección al Depósito, sino que, al contrario, se lanzaron adelante, hacia el puente, buscando en él a un tirador. Hay testigos que han visto a un policía perseguir a un hombre que huía del puente. Ahora bien, este puente está prohibido a los peatones; un tirador puede esconderse en él fácilmente; desde ningún otro sitio existía un mejor punto para ver la comitiva. Todos los testimonios dan cuenta, por otra parte, de otros dos disparos partidos inmediatamente después del Depósito de Libros Escolares. Había, pues, al principio, fundadas sospechas de que el asesinato había sido cometido por dos hombres.

Un cirujano muy sorprendido

Estas presunciones fueron confirmadas poco después por testigos que examinaron el coche presidencial, aparcado ante el hospital. Frank Cormier, de la «Associated Press», y Richard Dudman, del «St. Louis Post Dispatch», declararon que había un agujero de bala, «pequeño y redondo», en el parabrisas del coche. Un proyectil que hubiera atravesado el cuerpo de la víctima, o una bala perdida que hubiera rebotado sobre el suelo del coche no había podido causar este tipo de orificio. Tampoco podía deberse a una bala que viniera de atrás, porque si este era el caso habría sido un tiro fallido, y la policía insiste en el hecho de que sólo fueron disparados tres tiros: los dos que alcanzaron a Kennedy y el que hirió a Connally, el gobernador de Tejas. No queda, pues, más que una explicación: la bala ha atravesado el parabrisas antes de alcanzar a su víctima. Luego ha sido disparada desde delante del coche.

Esta explicación ha sido corroborada poco después por los cirujanos del Parkland Memorial Hospital, que fueron llamados a la cabecera del Presidente y le operaron. Estos doctores declararon a los periodistas que la primera bala alcanzó al Presidente a quemarropa y desde delante, mientras la segunda lo hizo oblicuamente y desde atrás. Los cirujanos sabían ya que la policía creía que todas las balas venían de atrás.

El doctor Robert R. Shaw, jefe del servicio de cirugía torácica, se declaró «un tanto sorprendido» por los asertos de la policía. Por su parte, según el «New York Times» del 27 de noviembre, «el doctor Kemp Clark, que certificó la defunción de Kennedy, declaró que una bala le había alcanzado a la altura del nudo de la corbata. Se hundió en su pecho y no salió». Manifestó que la segunda herida del Presidente era «tangencial»; había sido producida por una bala que alcanzó «el lado derecho de su cabeza».

En todo caso, según el primer informe hecho público por la policía, la primera bala fue disparada desde un punto situado después del viraje del coche a la izquierda. Este se alejaba, pues, del asesino, en el momento en que, según el informe, aquél abría fuego.

A continuación de las declaraciones unánimes de los cirujanos de Dallas, la policía se retractó. Hizo pública una segunda versión, afirmando que el coche no había entrado aún en la curva en el momento en que partió el primer disparo. Oswald, según esta versión, había tirado la primera

vez desde su ventana de la esquina mientras el coche se acercaba y había seguido tirando cuando el coche estaba ya alejándose. La policía añadió que contaba con testigos dispuestos a jurar que las cosas habían ocurrido así. Estos testigos, sin duda, existían.

La prensa publicó concienzudamente esta segunda versión. El «New York Herald Tribune» del 27 de noviembre la resumió en estos términos: «Basándose en numerosos indicios, los investigadores han llegado a la conclusión de que una primera bala, disparada en el momento en que el coche presidencial se acercaba, ha perforado el cuello del Presidente exactamente bajo el nudo de la corbata y después se ha hundido en su pecho».

Esta tesis no pudo ser mantenida. Por casualidad un fotógrafo aficionado había filmado toda la escena del asesinato. En «Life» del 29 de noviembre aparecieron imágenes extraídas de su film, que permitían situar con precisión el lugar exacto en que se encontraba el coche presidencial en el momento en que las balas alcanzaron a John Kennedy. De estas fotos resulta que el coche ya había tomado la curva a la izquierda, en la esquina del Depósito, y que había cubierto 75 metros en dirección al puente cuando fue disparado el primer tiro. El Presidente estaba de frente al puente cuando recibió la primera bala y conservó esta posición después de haber sido herido. Luego no ha podido ser herido de frente por un tirador situado en el Depósito, al cual ya daba la espalda.

Una curiosa trayectoria

Durante dos semanas, los investigadores federales se debatieron con este problema insoluble. Reconstruyeron el crimen día tras día. Estas reconstrucciones duraban aún el 5 de diciembre, para explicar —según el «New York Times» del día siguiente— «cómo el Presidente pudo recibir de frente, en el cuello, una bala disparada desde atrás, procedente del Depósito, que había sido ya sobrepasado por su coche que se alejaba».

Una vez más los hechos parecían contradecir la versión, según la cual todas las balas procedían del mismo lugar. Pero la policía no revisó su tesis. Consideró de nuevo los hechos, retractándose de su segunda versión y haciendo pública una tercera.

Esta nueva versión, que sigue en vigor, trastoca completamente el desarrollo de los hechos. El primer disparo —asegura— fue hecho desde detrás y, por consiguiente, el Presidente fue herido en la espalda. Una herida dorsal, jamás mencionada hasta entonces, fue citada en apoyo de esta tesis. Esta herida —se decía— había sido descubierta el 22 de noviembre por los médicos del hospital naval de Bethesda, cerca de Washington. Habían practicado una autopsia y observado la herida dorsal que los médicos de Dallas no habían podido ver, porque el Presidente estaba echado sobre la espalda y los cirujanos de Dallas no le habían dado la vuelta.

En cuanto a la herida del cuello, no había sido causada por la entrada, sino por la salida de una bala. Esta había atravesado en primer lugar la cabeza de la víctima, había salido por su cuello y había proseguido su trayectoria con tanta fuerza, que hizo un agujero en el parabrisas. Se trata de una trayectoria curiosísima, si se tiene en cuenta que se pretende que la bala ha sido disparada desde el sexto piso.

Los cirujanos de Dallas no pudieron, en el primer momento, aceptar esta explicación. Hicieron notar que los médicos de Bethesda que

LOS ASESINOS DE KENNEDY

intentaron reconstruir el estado en que se encontraba el cuerpo del Presidente inmediatamente después del asesinato habían debido encontrarse fuertemente contrariados en su diagnóstico por una incisión que se practicó en el cuello del Presidente en el hospital Parkland.

¿La bala ha salido o ha entrado?

Esta incisión, que pretendía restablecer la respiración del Presidente, había sido hecha a través de la llaga abierta por la bala. El doctor Robert N. McClelland, uno de los tres cirujanos que practicaron esta operación, declaró al «St. Louis Post Dispatch» que sus dos colegas, y él mismo, tenían una gran experiencia en heridas de bala y que estaban seguros de distinguir un orificio de entrada de un orificio de salida.

«El doctor McClelland explicó que sus colegas de Parkland y él curaban todos los días heridos por bala y no tenían ninguna dificultad para distinguir el minúsculo orificio causado por la entrada de una bala del desgarramiento causado por su salida.»

Igualmente, el agujero en el parabrisas habría tenido un aspecto muy diferente si hubiera sido causado por un rebote.

Varias semanas después de la operación, el doctor McClelland y uno de sus socios, el doctor Perry —que también había descrito la herida en el cuello del Presidente como un orificio de entrada— recibieron la visita de dos agentes del Servicio Secreto. Les presentaron un documento que describieron como el informe de la autopsia de Bethesda. Los dos cirujanos se retractaron entonces de su primera declaración. No descaban —dijeron— contradecir el diagnóstico de sus colegas. Si los médicos de Bethesda habían descubierto una nueva herida sería porque existía. Y si ellos mismos no la habían visto, sería, sin duda, por el hecho de que Kennedy estuvo echado boca arriba durante la operación. Los cirujanos de Dallas debían encontrarse, sin ninguna duda, en una situación muy delicada. Su declaración no deja por ello de ser sorprendente:

● ¿Cómo los cirujanos de uno de los mejores hospitales americanos han podido limitar su interés a la parte del cuerpo que se encontraba expuesta a su vista en el momento de la llegada del paciente?

● ¿Cómo ha podido escapar a la atención de las personas que preparaban al paciente para la operación la herida sangrienta de su espalda?

● ¿Cómo ha podido pasar inadvertida durante la operación la sangre que manaba de aquella herida?

● ¿Cómo pudieron los cirujanos que practicaron una incisión en el cuello del paciente equivocarse sobre las causas de una hemorragia hasta el punto de creer que la bala se había incrustado en el pecho sin tocar la parte superior de la garganta cuando lo ocurrido era lo contrario?

● ¿Cómo el médico que firmó el certificado de defunción del Presidente de los Estados Unidos pudo no tomarse la molestia de dar la vuelta al cadáver?

SIGUE

LOS ASESINOS DE KENNEDY

Personalmente, siento demasiado respeto por el modo como se practica la cirugía en un gran hospital americano en el que el Presidente agoniza como para creer a sus médicos culpables de tantas negligencias.

Si no son culpables de ello es que no hay herida dorsal y la versión oficial no se tiene de pic. Porque en ese caso los asesinos son dos.

Según la tesis oficial, el tirador, que sólo disparó sobre la comitiva presidencial, era Lee Harvey Oswald. Los informes oficiales dan cuenta de tres disparos. Veamos los hechos tal como son relatados oficialmente.

Una primera bala fue extraída del cuerpo del Presidente durante la autopsia. La segunda fue extraída de la cadera del gobernador Connally. La tercera bala fue encontrada en la camilla sobre la que Kennedy fue colocado a su llegada al hospital.

Se observará que ninguna de estas tres balas pudo atravesar la cabeza y el cuello del Presidente, rebotar después sobre el suelo del coche y atravesar el parabrisas. Porque una bala que hubiera seguido semejante trayectoria se habría desintegrado y sus fragmentos se hubieran encontrado en el coche. Los informes oficiales dan cuenta, efectivamente, de estos fragmentos. Nos encontramos, pues, ante un dilema. O bien se dispararon cuatro balas y una de ellas, después de alcanzar al Presidente, cayó sobre la camilla mientras le trasladaban al hospital, o bien se dispararon tres balas y una de ellas, después de atravesar la cabeza del Presidente y el parabrisas, apareció inmediatamente casi intacta en la camilla. Pero en esta segunda hipótesis nada permite explicarse el hallazgo de fragmentos de bala. Si la primera bala partió del sexto piso del Depósito, como afirma la versión oficial, es que fue disparada a una distancia de 90 metros. Para un tirador que se hallara en el Depósito, esta distancia ha aumentado seguidamente a razón de nueve metros por segundo. Sin embargo, una segunda bala hirió mortalmente al Presidente, que falleció en el espacio de media hora.

Sólo un tirador entre mil...

Para alcanzar con tan gran precisión un blanco móvil, el asesino tenía que ir rectificando el ángulo de tiro, tanto en sentido vertical como horizontal. No podía, en efecto, colocar el blanco en el eje de su visor telescópico: debía apuntar a un punto situado a la derecha y por encima de él. Fuera cual fuera la precisión del arma, era necesario un tirador de «élites» para dar en el blanco en unas condiciones tan difíciles. Sólo un experto es capaz de prever exactamente en qué punto se encontrará su diana móvil cuando el proyectil haya recorrido 90 metros o más.

Extraordinariamente preciso, el asesino debía ser capaz, igualmente, de recargar y reajustar su arma con una rapidez sorprendente. Según el F. B. I., los tres tiros han sido disparados en el espacio de cinco segundos y medio como má-



La esposa de Oswald, Marina, le acusa y la madre del supuesto asesino, Margarita, le defiende. Pero, según Buchanan, el antiguo «marine» poseía dotes de tirador muy inferiores a la media. Sólo uno de los mejores tiradores del mundo sería capaz de realizar una hazaña tan excepcional como la que se le atribuye.

ximo. No fueron disparados, en todo caso, a intervalos regulares. Por el contrario, dos de los tres tiros estallaron muy deprisa, uno tras otro; fueron casi simultáneos. Ahora bien, el arma del crimen era un fusil semiautomático de visor telescópico; para recargarlo es preciso, después de cada disparo, retirar la culata. Este tipo de arma está destinado a los francotiradores y no al tiro rápido. La actividad del tirador se encuentra aún complicada por el hecho de que el visor óptico limita su campo de visión y de que debe buscar de nuevo su blanco después de cada disparo, lo que exige tiempo, sobre todo cuando la diana es móvil.

Según el campeón olímpico de tiro Hubert Hammerer, es improbable que exista en el mundo un solo tirador que pueda dar tres veces en el blanco con un arma de este tipo en el espacio de cinco segundos y medio.

La revista «Life» contrató los servicios de uno de los mejores tiradores de los Estados Unidos para comparar su hazaña a la atribuida a Oswald. Este hombre, director de la National Rifle Association, empleó seis segundos dos décimas para disparar tres balas.

Puede afirmarse, pues, con certeza, que ningún tirador del mundo habría podido hacer cuatro disparos en el espacio de cinco segundos y medio, en el caso de que fueran cuatro los disparos que se hicieran sobre el coche presidencial. Se puede afirmar con la misma seguridad que si dos de los disparos fueron hechos en el espacio de dos segundos, como afirman los testigos del atentado, debía haber dos tiradores. En fin, suponiendo que no hubiera habido más que tres disparos y que fueran hechos a intervalos regulares, sólo un tirador entre mil habría sido capaz de situarlos en el blanco en un tiempo tan corto.

Las malas notas de Oswald

El sospechoso oficial Lee H. Oswald, ¿era capaz de una hazaña tan excepcional? Disponemos de muy sólidos elementos de juicio sobre sus cualidades de tirador: se trata de las notas obtenidas por Oswald durante su servicio militar. ¿Confirman estas notas la reputación de «tirador de élite» de Oswald?

RUBY NO MATO AL ASESINO, PORQUE OSWALD ERA EN REALIDAD UN COMPLICE DEL VERDADERO MAGNICIDA

Hay que observar en primer lugar que no todos los antiguos «marines» son tiradores expertos. El «New York Times» del 23 de noviembre señalaba que «Lee H. Oswald no estaba muy bien calificado como tirador». Según el «Baltimore Sun» del 24 de noviembre, Oswald, con ocasión de su última prueba de tiro, obtuvo 191 puntos sobre un máximo posible de 250.

Esta prueba tuvo lugar en 1959, después de tres años de servicio militar, en un momento en que Oswald se encontraba en su mejor forma. La calificación se establece sobre cincuenta disparos, dándose cinco puntos a cada tiro que da en el blanco. Sólo una escasa proporción de los cincuenta disparos se hace en la posición de pie de tiro rápido, posición relativamente difícil y que fue la utilizada por el asesino. Para numerosos géneros de disparo, la prueba no imponía límites de tiempo.

Yo mismo he seguido en tres ocasiones cursos de tiro: la primera vez, como recluta; la segunda, como alumno aspirante a oficial y después cuando serví durante tres años al frente de una unidad dotada de armas automáticas. Entre los hombres a los que he formado personalmente, un 95 por ciento han obtenido mejores resultados, después de algunos meses de servicio, que Oswald al cabo de tres años. La mayor parte de los reclutas obtuvieron por lo menos 191 puntos la primera vez que se servían del fusil. Todos los soldados deben obtener un mínimo de puntos obligatorios,

precisamente 190. Mientras no alcancen este mínimo, vienen obligados a repetir la prueba.

«Marksman» y «sharpshooter»

El hombre que fracasa en su primera tentativa es sometido a un entrenamiento especial. Cada día, su oficial debe conducirlo al campo de tiro y quedarse a su lado hasta que el desgraciado, por un golpe de suerte o una trampa, obtenga el mínimo de puntos requerido. Suponiendo que Oswald hubiera tenido mala suerte en el momento de su última prueba, no es menos cierto que el mejor resultado que obtuvo en tres años de entrenamiento fue de 212 puntos, lo que es inferior a la media normal entre los «marines». Por este mediocre tanteo, Oswald logró la insignia de «sharpshooter» (literalmente: tirador de precisión). Este término no designa en absoluto a los tiradores de «élite»; el Ejército americano, en efecto, clasifica a los tiradores en tres categorías: «expert», «sharpshooter» y «marksman» (tirador). Oswald se encontraba habitualmente en esta tercera categoría, la peor de todas. Un «expert» obtiene entre 230 y 250 puntos; un «sharpshooter» entre 210 y 230. Se constata que el mejor tanteo de Oswald le situaba en el escalón más bajo de la categoría intermedia.

Oswald fue, pues, uno de los peores tiradores

de los «marines», e incluso de todo el Ejército. Queda excluido que hubiera podido mejorar su forma después de cuatro años de vida civil. Aún más que cualquier otro deporte, el tiro exige entrenamiento. Varias semanas después del asesinato del Presidente la prensa publicó rumores incontrolables, según los cuales Oswald había ido en coche varias veces a un campo de tiro vecino. El F. B. I. ha desmentido estos rumores: Oswald no sabía conducir, acababa de tomar sus primeras lecciones.

Pero, incluso si hubiera sido entrenado en secreto por un instructor muy superior a los que tuvo en los «marines» —lo que haría suponer la existencia de un nuevo cómplice del asesinato de Kennedy—, yo no he visto nunca a un tirador hacer tan sustanciales progresos después de su instrucción militar, y dudo que el caso se haya producido nunca. Cuando un tirador ha alcanzado un cierto nivel de calificación, la prosecución de su entrenamiento da resultados decrecientes.

La más difícil de las dianas

El asesino de Kennedy tenía ante sí una tarea particularmente difícil. El coche presidencial se desplazaba a una velocidad de 20 a 30 kilómetros por hora, apenas inferior a la de un hombre en plena carrera. En el momento de hacerse el tercer disparo, el coche ya había acelerado. Ofrecía así el blanco más difícil que pueda presentarse a un soldado sobre el campo de batalla.

Ahora bien, Oswald nunca se entrenaba más que sobre blancos fijos e inmóviles. Nunca combatió. Es poco probable que en los «marines» haya tenido ocasión de servirse de un arma extranjera, y puede uno preguntarse por qué habría escogido para su propio uso un arma que no le era familiar. El fusil semiautomático que había aprendido a conocer en los «marines» era verosimilmente el «Springfield». Oswald —que no era tirador, sino auxiliar en las transmisiones— no ha tenido, sin duda, ocasión de utilizar un fusil con visor telescópico. Para aprender a utilizar un arma de este tipo debía realizar un esfuerzo considerable de adaptación.

Suponiendo, pues, que exista un solo hombre capaz de la proeza atribuida a Oswald, este hombre debería ser uno de los mejores tiradores del mundo y no un antiguo «marine» con unas dotes inferiores a la media. Todo induce, de este modo, a buscar al asesino de Kennedy en los medios de los asesinos profesionales, acostumbrados al manejo de armas extranjeras.

T. B.

(Copyright Fiel-Opera Mundi, 1964, y «TRIUNFO», en exclusiva para España.)



Los móviles patrióticos de Ruby —al que vamos en compañía del abogado Belli— han encontrado todavía menos crédito que la conspiración comunista, cuyo brazo sería Oswald. Según la tesis oficial, estamos ante dos crímenes sin móvil lógico. Pero esto quiere decir solamente que la encuesta no se ha llevado hasta el final.

EN EL PROXIMO NUMERO:

II
LA EXTRAÑA MISION
DEL AGENTE TIPPITT